

PRÓLOGO

FERRAN LATORRE¹

DESDE QUE ERA PEQUEÑO, PRIMERO de manera inconsciente y después con plena conciencia y conocimiento, siempre que he salido a la montaña, ya sea por un entrenamiento o por una gran expedición, he intentado hacerlo desde una doble perspectiva: la pasión y el respeto.

Pasión porque es lo que mueve mi vida y porque es lo que me ha permitido perseguir y persistir en los sueños que me he ido proponiendo. Unos sueños que, después, se han convertido en retos y, finalmente, muchos han acabado siendo objetivos logrados.

Nada de lo que vale la pena en la vida se puede hacer sin pasión, pero tampoco sin respeto. Y en la montaña el respeto tiene múltiples caras: el respeto para considerar si tienes la técnica necesaria antes de afrontar un objetivo, el respeto por los compañeros de expedición, el respeto por la natu-

1 Ferran Latorre (Barcelona, 1970) es alpinista, guía de alta montaña, cámara y conferenciante.

raleza, por la gente que vive en las regiones donde vas y, lógicamente, el respeto físico por la montaña y todo lo que la rodea. Y, evidentemente, el respeto por las condiciones meteorológicas con las que te puedes encontrar. Y es precisamente este respeto lo que te permite continuar con tu pasión.

Pero más allá de la pasión y el respeto, que son actitudes de uno mismo, en la montaña también hay otras consideraciones que deben tenerse presentes: el excursionismo, el alpinismo y otras disciplinas deportivas que se practican al aire libre, siempre tienen un punto de imprevisibilidad y de azar que hace que el riesgo cero no exista. Nuestro trabajo, el trabajo de los que nos gusta salir a andar, a hacer esquí de montaña, a escalar, a emprender grandes expediciones en lugares remotos o subir a las cumbres de los Pirineos, es trabajar para que, incluso en condiciones adversas, tengamos los recursos suficientes para enfrentarnos a esas actividades con garantías.

Hay que ir, por lo tanto, preparados técnica, física y mentalmente por si las circunstancias del entorno cambian de forma repentina.

En la medida en que el acceso a la montaña se ha hecho más fácil para todo el mundo, el número de gente que cada año sale a hacer deporte en las cumbres de los Pirineos no para de aumentar. Dejando al margen la cuestión de la masificación, es evidente que no siempre todos tienen la técnica ni tampoco el conocimiento del medio que sería deseable. Desde confiarlo todo al GPS pero ser incapaces de interpretar un mapa o saber orientarse hasta hacer algo tan sencillo como mirar el cielo y prever si se acerca o no una tormenta, es evidente que hay que profundizar en el conocimiento de un entorno magnífico que en determinadas condiciones puede ser hostil.

Por eso, siempre que puedo agradezco el aprendizaje que significó para mí pasar por el Centro Excursionista de Cataluña, donde aprendí que la pasión sin respeto es sinónimo

de riesgos innecesarios y que el respeto sin pasión no colma una vida.

Las personas que se vieron afectadas por el episodio de ventisca en el Pirineo oriental que se describe en este libro eran, en su gran mayoría, personas bien preparadas técnica y físicamente para emprender el reto que se habían planteado en aquellos últimos días del año 2000. Pero la ventisca los sorprendió y los atrapó.

La ventisca que se desata sin piedad, con vientos terribles que hacen volar toneladas y toneladas de nieve a una velocidad increíble, reduce la visibilidad a pocos metros, te desorienta y te agota, te impide pensar con claridad y hace que la temperatura, ya baja de por sí, aumente su poder destructivo y se convierta en una amenaza para la supervivencia.

En el transcurso de mi vida como alpinista he tenido que enfrentarme a menudo a situaciones complicadas y críticas: algunas fruto del azar –el accidente de un compañero–, otras, de dificultades técnicas inesperadas, y otras, de cambios repentinos del tiempo. Muchas veces, la decisión que he tomado ha pasado por la retirada y el abandono momentáneo del objetivo. Y esto, por supuesto, no es agradable. Pero una vez pasada la decepción inicial, nunca, nunca, nunca lo he considerado una derrota. Retirarse de una montaña no es una derrota, sino la oportunidad que tienes de volverlo a intentar. De continuar, desde el respeto, con tu pasión, con lo que da sentido a tu vida.

Viento salvaje nos enseña que nunca debemos subestimar la fuerza de la Naturaleza. Una situación como la de la ventisca, bastante habitual en nuestro entorno y a menudo relativizada por muchos excursionistas, resultó fatal para un grupo de gente con mucha experiencia. Para mí, este relato es un aprendizaje, y ojalá el libro y la descripción de aquellos días trágicos a caballo entre los años 2000 y 2001 sirvan para que hechos como aquellos no se vuelvan a repetir y podamos disfrutar de la montaña con alegría y seguridad.